

¿CÓMO HABLAR DE DIOS?

Comenzaré mi reflexión con dos afirmaciones que, a manera de prólogo, situarán mis afirmaciones.

En esta pequeña reflexión voy a referirme al habla explícita sobre Dios, a cómo hablar ‘verbalmente’ de Dios, ya que hay otras formas de hablar de Dios (la palabra creatural y el testimonio del amor) que siendo centrales e incluso siendo un lugar de discernimiento de la verdad del lenguaje, sin embargo son ambiguas y necesitan una palabra que las interprete para ser reconocidas en ese sentido.

Una segunda reflexión, ya de fondo: “*Habla de Dios quien puede no solo quien quiere*”. El querer se añade al poder como segundo momento. El hablar de Dios es un acontecimiento segundo respecto a la experiencia de fe que configura la vida y en la que la presencia y realidad de Dios se presenta como real y se acepta como determinante en la configuración de la propia vida. Este momento no se puede improvisar ni siquiera dominar, y es fruto de un tiempo de silencio ante Dios que le ha dado espacio para ser más que una idea de la que se habla. Solo este ‘padecimiento salvífico’ de Dios permite un verdadero hablar sobre él.

Por lo demás, como afirmaba Santa Teresa, el contar la experiencia es un don propio y específico, un don que Dios regala como carisma a determinados hijos suyos para que alumbren a sus hermanos con él en el camino de la historia. En este sentido, santo Domingo de Guzmán o san Antonio de Padua podrían simbolizar a tantos otros que Dios ha suscitado y sigue suscitando en su pueblo.

Explicito ahora cinco actitudes que creo aparecen en los verdaderos ‘apuntadores’ de Dios, y que podrían servir para configurar una plantilla para discernir sobre nuestra verdad y calidad de predicadores (oficiales o no oficiales del Evangelio que es Dios mismo en Jesús).

1. **Naturalidad.** Las palabras sobre Dios surgen en los verdaderos creyentes trenzadas con los temas habituales de su conversación, al hablar sobre cualquier cosa, pues para ellos todo está mezclado con su presencia. Dios no es un tema más del que hablar, ni un objeto junto a otros, sino la determinación absoluta de toda la realidad que se explicita como una transversal de la vida en todos sus aspectos.

En este sentido, los verdaderos predicadores no pueden hablar de sí mismos o de las realidades del mundo sin la mención de quien las habita dándoles sentido, y no pueden hablar de Dios sin alguna referencia a su propio itinerario (más allá de que este se explicita temáticamente). Por eso, la primera condición para hablar

bien de Dios¹ es ser uno mismo cuando se habla de él, hacer del discurso sobre Dios un discurso biográfico².

2. **Pudor/Discreción.** Las palabras de un discurso verdadero sobre Dios siempre son sentidas como deficientes por el que las pronuncia y, por eso, se presentan solo como indicadores hacia su misma realidad que está más allá de esas palabras. Eso significa que el discurso sobre Dios es, siempre y en algún sentido, tal como comentábamos, un discurso sobre el trato con él y un discurso en movimiento hacia el misterio de su ser. Solo quien sabe que no sabe hablar del todo sobre Dios está en el buen camino para hablar bien de él³. Esta experiencia necesaria y tendente provocar el silencio del creyente, que se sabrá siempre torpe para expresarse, solo queda vencida por el imperativo de comunicación al que somete la presencia expansiva de Dios en él, por la sensación de no poder no hablar que tanto Jeremías como Pablo experimentaron y reflejaron en dos versículos de alta densidad teológica y biográfica (Jer 20, 9; 1Cor 9, 16).

3. **Fidelidad.** El hablar sobre Dios en la experiencia judeocristiana es consecutivo a su acción histórica. Hablamos de Dios porque él ha hablado de sí mismo a través de su acción. Se habla más que del ser del hacer de Dios que se deja reconocer en su historia con los hombres (*Israel-Jesús-Iglesia*). Es este Dios del que se habla y, por tanto, el hablar de Dios supone una fidelidad a su misma revelación en la forma y el lugar donde él ha querido salir al encuentro de los hombres. No hay pues, para el cristiano, un discurso sobre Dios sin historia de Israel y sin historia de Jesús, como bien intuía Santa Teresa⁴.

El discurso sobre Dios es por tanto un discurso social y tradicional, esto es, eclesial, y no sólo ni fundamentalmente individual (así lo han sentido los grandes santo predicadores, empezando por Pablo cuando afirma dirigiéndose a los corintios: “Os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí” (1 Cor 15,3). Si bien es verdad que la palabra fundante de Dios sobre él mismo en su acción ha de

¹ Cuando decimos “hablar bien de Dios” nos referimos a *presentarle (o hacerle presente en nuestro discurso) en su verdadera forma de ser.*

² De san Pablo o de San Agustín a Th. Merton o M. Delbrêl, de San Juan de la Cruz a H. Nouwen o A. Grün, el mejor discurso sobre el ser de Dios es siempre biográfico. Por otra parte esta es la forma propia en la que se desarrolla la revelación y donde la dicción sobre Dios coincide con la narración de la historia de Israel.

³ “Dios significa el misterio silencioso, absoluto, incondicionado e incomprensible. Dios significa el horizonte infinitamente lejano hacia el que están orientados desde siempre, y de un modo trascendente e inmutable, la comprensión de las realidades parciales, sus relaciones intermedias y su interacción. Este horizonte sigue silencioso en su lejanía cuando todo pensamiento y acción orientados hacia él han sucumbido a la muerte. Dios significa el fundamento incondicionado y condicionante que es precisamente el misterio santo en su eterna inabarcabilidad [...] El verdadero Dios es el misterio absoluto, santo, al que sólo cabe referirse, en adoración callada, como al fundamento silenciosamente abismal que lo fundamenta todo: el mundo y nuestro conocimiento de la realidad”, en K. Rahner, *Dios, amor que desciende. Escritos espirituales*, Santander 2008, 19.

⁴ *Libro de la vida* 22, 6-7.

personalizarse, y avanza en relaciones con individuos concretos que hacen avanzar al pueblo en su comprensión, ésta no se realiza al margen de la tradición comunitaria que ha suscitado él mismo. Esto se radicaliza en el discurso cristiano que está convencido de que Dios ha pronunciado su palabra escatológica, definitiva en Jesús, donde ya lo ha dicho todo dándose del todo en su Hijo⁵.

Así pues, la palabra verdadera sobre Dios no se mide por su acuerdo con lo que el oyente siente que puede aceptar, ni siquiera con lo que el oyente tiene capacidad de acoger en el momento en el que la escucha, sino que siempre inserta una dinámica de renovación y ensanchamiento de la propia comprensión en relación a la revelación que ya está dada y es ofrecida en la Iglesia. Esto significa que se habla siempre desde la Iglesia, entendido esto en sentido teológico y no sociológico, pues puede ser que este hablar contradiga la praxis que en un determinado momento se ha extendido en la vida de la Iglesia y forma parte de su limitación, torpeza o pecado en la realización de su sacramentalidad.

4. **Narratividad razonable.** El discurso sobre Dios, al no ser en su núcleo un lenguaje descriptivo sino vocativo o interpelador, requiere una modalidad narrativa en la que el oyente pueda incorporarse a través de él a una relación donde conocerle. Así funcionan, por ejemplo, las parábolas de Jesús o sus bienaventuranzas. Los mismos evangelios, por otra parte, están escritos como textos performativos que configuran un itinerario donde descubrir a Dios en el movimiento de conversión de la propia vida.

Ahora bien, este lenguaje debe ser razonable y por eso requiere una reflexión que pueda dar razón de la fe y deshaga los posibles obstáculos en el camino de esta relación *in fieri* con Dios a la que invita el lenguaje narrativo. Aquí es donde se sitúa fundamentalmente el lenguaje de la teología sobre Dios.

Por otra parte, habría que añadir un tercer tipo de lenguaje suscitado por la conmoción salvífica que produce su presencia y que se expresa fundamentalmente en la poesía de alabanza y acción de gracias.

5. **Hospitalidad oyente.** El discurso sobre Dios como decimos es siempre un discurso evangelizador, es decir, un discurso que se refiere a él y le ofrece, de una u otra manera, como buena noticia. Es un discurso-eco extensivo de su misma palabra salvífica. Un discurso que sitúa al oyente en el interior del diálogo en el que se produce su reconocimiento como Dios benevolente, sanador, salvador para que pueda ser comprendido en verdad. Ahora bien, esto se produce siempre en una situación histórica y biográficamente concreta del oyente, de aquel al que se dirige dicha palabra y, por eso, para hablar bien de Dios es necesario poseer una sensibilidad para reconocer los anhelos, los sufrimientos, las esperanzas, las

⁵ “En este sentido se ha hecho clásico el texto de san Juan de la Cruz, uno de los grandes ‘apuntadores’ de Dios: “Porque en darnos, como nos dio, a su Hijo, que es una *Palabra* suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola *Palabra*, y no tiene más que hablar”, *Subida al monte Carmelo* 2, 22.

alegrías... que habitan en este interlocutor. Sin esa sensibilidad empática frente a los que nos rodean es francamente difícil que se expliciten las dimensiones de Dios que pueden resultar significativas y que le hacen *Emmanuel*, y lo único que se conseguirá transmitir es una palabra sobre la idea de Dios.

Si bien es verdad que Dios crea originariamente la pregunta por sí mismo y el anhelo de su verdad del que todos los sentimientos son balbuceos de expresión o búsqueda, y que por tanto no puede considerarse ni tratarse como funcional con respecto al hombre y sus necesidades pues se le reduciría a una realidad más del mundo al servicio del hombre, solo en estos sentimientos surgidos del drama mismo de la vida se revela su misterio salvífico y así solo desde ellos acontece el diálogo donde Dios será reconocido finalmente como un Dios *semper maior* que hace al hombre *semper maior*, siempre mayor que la imagen que el hombre tenía desde su intuición, sus anhelos y sus búsquedas históricas. Quizá por eso el discurso sobre Dios en su ultimidad siempre coincide con el discurso con el nacimiento del hombre y con su muerte.

Terminemos con dos pequeñas reflexiones en forma de epílogo.

De todo lo dicho se deduce que más que una técnica, el hablar sobre Dios necesita una forma de vida y que, por eso, la evangelización necesita más vida que formas, aunque estas puedan ser luego bienvenidas o no se pueda justificar la pereza por buscar la mejor forma de comunicar la presencia salvífica de Dios con una apelación a la santidad y a la confianza en la providencia.

Y una segunda reflexión importante. Dios no está sometido al lenguaje sobre Dios, no queda determinado absolutamente por la perfección de este lenguaje. La razón es que Dios actúa con su Espíritu en el oyente de forma que este sabe discernir, siempre que lo busque incluso de forma inconscientemente, el trigo de la paja, lo importante de lo insustancial, e incluso transformar palabras torpes e insulsas en caminos de reconocimiento de la verdad y la bondad de su presencia para el mundo. Algo de lo que seguramente todos, a veces como oyentes y a veces como predicadores de Dios, hemos tenido experiencia.

No todos podremos hablar con la grandeza de palabra de los que han recibido el carisma de la predicación, aunque todos podemos ofrecer nuestra palabra de fe como compañía humilde a los que nos rodean y la necesitan. A ello nos invita la primera carta de san Pedro 3, 15: “Vosotros dad gloria a Cristo, el Señor, y estad prestos para dar razón de vuestra esperanza a todo aquel que lo requiera”.